

A Pepe el de tía Hermelinda

Te veo alzando en vilo por el lomo el burro de tu padre con esa suave sonrisa que a tu hercúlea fuerza humilla. Mientras, tu madre bamboleo feliz se hace (arrebuando complacida entre sus claros brazos aquel negro mandil), al atisbarte tras los cristales de la cocina que la parra oculta. Laurita, “tontorrón”, te susurra, “que dejes en paz a ese manso borriquillo,” sin comprender que el pollino prefiere la mágica levitación que le regalas al duro peso de las alforjas más pesadas. Aníbal, silencioso ojo de lince, no ver finge, para conceder libertad a tus juveniles galas.

Pero tu mayor atractivo no se halla en ese antológico nervio tuyo, sino en tu generosidad; y en la gentileza que esparces a brazadas. Te recuerdo de Espartaco, no sólo por los dichos desprendimiento, brío y donaire, sino por ese hoyo en la mejilla de tu eterna sonrisa a lo Kirk Douglas que supera con creces al del actor en la barbilla. Es una sonrisa que en el trabajo esgrimes, en el juego, en el río, en la iglesia, en la luche y en la escuela, la del pueblo, en el último par de pupitres al sen de la ventana, al lado de aquel Danielín de polo corto al que descubriste la modestia del ser nuestro, frente a la hondura del Escubiello y del mañana. No sé si has aprendido el risueño gesto de tía Hermelinda o de tío Avelino, aunque sospecho que distinción ha de ser del genoma vuestro, ya que se trata del elemento cautivador de la familia, de Aníbal y de Santiago, de Gilda, de la dulce Laura y de aquella Sarita que creo no haber conocido pero que siempre he visto en mi ensueño ataviada de ángel sonriente.

Los guajines solíamos profesar a chavalones como tú un profundo cariño, el debido respeto y algunos celemines y hasta eminas de temor, cual lobeznos que necesitan retozar, aprender y sufrir al son de la manada. Mas en tu caso, al miedo tu protección borraba, que hasta aquel trastísimo Julito nuestro auténtica veneración te profesaba. Con el triste embalse de ignominia que robado nos ha el río en esta parte del escobio, mayoría sois ya casi los que la dicha tenéis de correr la canaliega al otro lado, al socaire de quienes nos mostraron el arte de las redes, de la vida y de la muerte. Síguenos, Pepe Blas, cuidando con prodigalidad, mimo y mueca resplandeciente a los que, agradecidos por tu regalo eterno, siempre presente te vamos a seguir teniendo, en el recuerdo de una visión melancólica, en la dulce cadencia de los tuyos, en el chulo “ole que tuli” de una copla.



Anterior